SE INICIA LA LUCHA

Antes de narrar la obra ya nacional dei liberal oaxqueño llegado al Gabinete presidencial de Alvarez, conviene recordar al hombre en su propia tierra, enfrentado a la Dictadura de Santa Ana, tratando de cooperar a la defensa nacional contra la intervención norteamericana, invitando a su pueblo a morir en la demanda; se hace en ese período menos hermético, le es grato hablar y lanzar proclamas, su administración es modelo de sencillez, de orden, de honestidad y durante cinco años realiza en Oaxaca su aprendizaje de gobernante, con un éxito, como todo lo suyo, cabal, pero poco sonoro; recio, pero sin ostentación.

Triunfa el partido conservador y es exaltado al poder de nuevo «Su Alteza Serenísima» el dictador Santa Ana; naturalmente, Juárez es perseguido y desterrado, después de ser sometido a prisión en el Castillo de San Juan de Ulúa. En Nueva Orleans, intima con Ocampo y se dedica al trabajo manual para alimentarse, siendo

torcedor de cigarros; algunos días no come. Hay algo simbólico en esta tendencia de Juárez al obrerismo; cuando estudiante era encuedarnador, ex Gobernador no busca trabajos intelectuales, no pretende jamás ser parásito de nadie, se hace cigarrero; su inteligencia era sobre todo piloto de su acción, el trabajo manual para él no humillaba, era un cambio sencillamente en su actividad. Sus compañeros de destierro van a la frontera en pos de actividades afines a su cultura, se hacen periodistas; él sigue haciendo cigarrillos, sin dejar de colaborar de lejos con sus amigos.

Esta prueba acabó de fortalecer el alma de Juárez, porque el destierro da temple a las almas enteras haciéndoles subir la vida por la escalera ajena, apartándolos de todos los posibles privilegios que les dan la tradición y el ambiente, enseñándoles que cada hombre no es dueño sino de él mismo y de lo que con su propio utilaje se conquiste.

Estalla el movimiento de Ayutla, Juárez se embarca, llega a Acapulco y se presenta al coronel Diego Alvarez, al que dice sencillamente: «He venido a ver en qué puedo ser útil a la causa de la libertad»; el jefe militar, que no sabe con quién habla, le encarga menesteres secundarios de carpeta y a los pocos días, enterados de que se trataba de Juárez se excusa, Juárez le dice que no hay de qué, pues él no sirve de gran cosa militarmente; pero sí puede morir por sus ideas como otro cualquiera.

Pasa a la Secretaría particular del cau-

dillo D. Juan Alvarez, al que influye resueltamente para que mantenga el radicalismo del movimiento y sobre todo su carácter de reivindicación civil sobre el militarismo dictatorial.

Se nombra Presidente interino a D. Juan Alvarez, y Juárez, como ya dijimos, es nombrado Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos. El rector de pueblos iba a empezar a revelarse en la esfera nacional, mientras que se llegara el epinicio de su carrera, siendo el representativo de la autonomía de la América hispánica en el mundo; el liberal sincero iba a mostrarse leal con su doctrina; y firme y sereno lanzó el primer arpón sobre el monstruo de la tradición, sin que el revolverse airado del formidable herido le hiciera temblar el pulso; su faz angulosa y broncínea permaneció serena y su alma de acero se sintió más fuerte al entablar el duelo ; las dos mitades del Dios medieval: la Iglesia y el Ejército, estaban frente al indio feo y bueno, que si creía en Dios y en la Patria, amaba al uno y a la otra dentro del concepto de la libertad; adversario del clericalismo y del militarismo, no perseguía ni a la religión ni al órgano de la defensa nacional, sino a las sotanas invasoras y desviadas y a los entorchados que aprovechan la espada para sus propias ambiciones. Era el hombre de levita, sencillo y austero, rendido servidor de la ley, implacable para su devoción.

La vida de gremios fué, lo hemos de repetir, característica de la otra Edad Media -ya que hoy vuelve una Edad intermedia y vuelven corporativismos-y en las Colonias españolas, regidas por el doble espíritu de protección y de dominio, ese régimen alcanzó agudas proporciones. Pudieron la independencia y el indescriptible caos de la era preconstitucional, hacer desaparecer mucho de lo gremial; pero los gremios clerical y castrense subsistieron y se fortalecieron, aquél porque el Clero era lo único orgánico y preparado entre tanta absurda improvisación tumultuosa y esporádica, y éste porque en él se apoyaban todos los efímeros poderes y él fallaba sobre todas las ambiciones personales. La expresión más viva de tal vitalidad de los grupos privilegiados eran sus fueros en justicia, es decir, su desigualdad privilegiada.

El Ministro de Justicia los arrebata, limitándolos a su instituto, o sea, el fuero clerical para los clericales, el militar para los militares. Tan sencilla medida en el México de 1855 era algo inaudito. Es preciso colocarse en el ambiente para comprender todo lo que requería de fuerza espiritual el hombre capaz de desafiar el aforamiento tradicional. Juárez, demócrata y liberal, no dudó un momento en concretar su credo; él, respetuoso sincero del Ejército; él, católico esencial, o cuando menos leal cristiano, borró los privilegios de las dos grandes castas entre una tempestad de peligros y de ataques y se jugó todas la posibilidades de su legítima ambición en una carta bien difícil. El Arzobispo primado fulminó contra

la ley; el Ejército profesional se puso en guardia contra el leguleyo atrevido, como le llamó un viejo general. Intenta Juárez ir más allá, modificando definitivamente la organización del Ejército para hacerlo sólo servidor de la ley y adjetivo de las instituciones civiles; pero Comonfort se opone y se produce tal revuelo con el radicalismo de Juárez, que éste ha de separarse del Gabinete y don Juan Alvarez de la presidencia, sustituyéndolo, con un espíritu más moderado, el honrado y débil Comonfort. Pero el paso de Juárez no se desanduvo; así la «ley Juárez» de 23 de noviembre de 1855, inició «La Reforma» mexicana, haciendo desaparecer el más flagrante cimiento de la desigualdad social poítica; la brecha estaba abierta.

Vuelve Juárez a su tierra como gobernante, con poderes militares, y vence una rebelión que le sale al encuentro desconociendo su autoridad; en su nuevo paso por el poder agudiza su sentido igualitario y civilista en toda la órbita de sus facultades; su ruda oposición al modo de ser del Ejército y su afán de sustituirlo por Guardia Nacional democrática, le hacen despertar las suspicacias del mismo Gobierno Federal y se robustece la oposición local; pero él sigue adelante.

La obra de Juárez en el gobierno general no ha sido baldía ni mucho menos; un preclaro pensador, don Miguel Lerdo de Tejada, se ha hecho cargo de la Secretaría de Hacienda, y expide la ley de DesamortizaJuárez, a poco coadyuva poderosamente a que se cumpla en su Estado la nueva Constitución liberal, de la que luego nos ocuparemos, y es electo Gobernador Constitucional, teniendo ya francos choques con

el Clero local.

Comonfort busca reconciliarse con el hombre fuerte, sintiéndose él decaído y débil ante la lucha y nombra a Juárez Ministro de Gobernación, en cuyo puesto es electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, o sea Presidente sustituto de la República. ¡La nave ya no está sin timonel!

IV

EL LIBERALISMO AVANZA

Volvamos atrás para explicarnos aconte-

cimientos posteriores.

El 18 de febrero de 1856, los hombres de Ayutla cumplian su principal promesa y abría sus sesioness el inmortal Congreso Constituyente, cuya labor teórica es lo más notable en su género en la historia del liberalismo en México. Sus componentes, letrados, militares, sacerdotes, hacendados, no formaban una mayoría radical; pero sí una tímida reacción contra el pasado, suficiente para lo mucho que se logró, insuficiente para consumar una obra como la que proyectaban hombres como Juárez, Ocampo, los Lerdo de Tejada y otros; así fué, como por ejemplo, la libertad religiosa, no fué dable obtenerla sino cuando desencadenada la lucha armada, Juárez, desde Veracruz, contestó con la consumación radical de la acción reformadora al alzamiento del Ejército y del Clero, que al grito de «Religión y Fueros» parecía que iba a arrollarlo por la fuerza de las armas; y sin embargo, con improvisados generales y masas desnudas

y mal armadas, fué la reacción vencida gracias a la medula admirable que formaban aquella minoría asombrosa de directores que rodearon al rector inquebrantable que sostuvo la ley.

Tras un intento armado reprimido con mano dura, que trajo la primera confiscación de bienes al Clero en la diócesis de Puebla, siguió el Congreso sus labores sonoras y nobilísimas, aun cuando a las veces vacuas y siempre románticas, bajo una dictadura legalista, moderada y honrada, como cumplía al carácter honesto de Comonfort, que se dejaba ampliamente fiscali-

zar por el Constituyente.

La obra de la Reforma, según hemos dicho arriba, continuaba por imperio ineludible de las circunstancias y por el espíritu de los hombres que rodeaban al Presidente; don Miguel Lerdo de Tejada, refrenda la ley de 25 de junio de 1856, llamada de «manos muertas», la cual con audacia formidable ataca el más recio sedimento económico del pasado, haciendo cesar el estancamiento de la propiedad en las comunidades civiles y religiosas; tradujo el criterio liberal de la hora y pretendió dar extensión a las clases medias, haciendo factible para la ciudadanía el contenido económico. No es lugar ni ocasión de hacer su crítica; juzgar de los accidentes políticas y jurídicos de los pueblos desde situaciones posteriores, es vicio tan común como tan censurable; hoy hemos visto cómo las comunidades de indígenas podían haber subsistido,

cómo el sistema colonial protegió a éstos mejor que el republicano liberal; pero entonces aquella ley, cuyo sectarismo quedaba denegado al ser general para toda «mano muerta», fué lógica y fecunda, fecunda hasta por provocar de una buena vez el inevitable duelo que se perfilaba, que era necesario.

El Gobierno logró no sólo la aprobación de esta audaz medida por el Constituyente, sino su aplauso y hasta los votos que hizo porque pudiera irse a la nacionalización de

los bienes del clero.

Quienes se detengan a considerar que la mayoría numérica del país era a la verdad sierva de la gleba y que ésta, en enorme proporción, pertenecía a las comunidades civiles manejadas por el caciquismo pueblerino o a las religiosas, que dominaban a todas luces los espíritus; quienes se detengan a comparar el ritmo que en Europa ha llevado la solución de este problema con el que siguió en México, tendrán que reconocer que pocas veces una minoría selecta y valerosa se atrevió a semejante acto de cirugía con más clara responsabilidad histórica y mayor entereza consciente.

Como era lógico y sucede siempre, el partido moderado, que sólo en odio a los desmanes de Santa-Anna se había unido con el liberal, puro o «chinaco», se espantó de semejante unión y empezó a buscarla con la reacción; de allí derivaría, el error definitivo de Comonfort, de allí la «Guerra de tres años» o «de Reforma», de allí la decisión

del partido liberal, ya plenamente dirigido por Juárez, de quemar sus naves yendo a fondo en la consumación de su programa; de allí, en fin, la «Guerra de Intervención».

Iba así preparándose en la raya de las dos Américas étnicas, sobre un pueblo modelado recia y fuertemente en sangre de indígenas luchadores, por gloriosos aventureros, laicos y religiosos, el escenario cierto y adecuado para el duelo entre el pasado y el porvenir, en el que, símbolo de toda una raza nueva, hija del mestizaje de la sangre y de la cultura hispánicas con la materia prima indígena y entre una naturaleza espléndida y bravía, iba a ser el actor principal el hombre ejemplar que inspira este

rabajo.

Para ello fué preciso que un hombre bueno y honrado; pero trabajado por el peso de las tradiciones, no pudiera con la grandeza que el destino le brindó, porque no todos los hombres están hechos para abrir capítulos de historia, ni los Atlas se dan de común en la humanidad. Otro hubo de sostener el peso de la responsabilidad con la que no pudo Comonfort, y los ciudadanos armados iban bajo su impulso a vencer a un Ejército profesional en una guerra de principios como otra no se dió en América hispánica; y Europa iba a ver a un pueblo recién nacido apenas, representativo de toda la dignidad de un Continente, levantarse al lado de su rector sereno, para convencerla de que el imperialismo europeo no tenía ya campo en América.

México acababa su era preconstitucional, sus últimos vestigios coloniales concluyen en lo político, su diferenciación absoluta con el Viejo Mundo se afirma, sus dolores de adolescencia terminan, va a entrar en su juventud, dueño de sí mismo, va a desangrarse mucho en aras de su propio ser y de la contrastación de la América hispánica con la Europa matriz; caerá después en una felicidad materialista que integrará su nacionalidad, y todavía, en pleno siglo xx, se levantará de nuevo a luchar por problemas distintos de los que resolvió en esta Década heroica que nos viene ocupando, que es proyección de un carácter y de una minoría: Benito Juárez y los hombres superiores que lo rodearon, inspiraron y completaron.